Geografías del barrio: fronteras como gramática de la diferencia en periferias de La Plata, Argentina. *Neighborhood Geographies: borders as grammar of difference in the peripheries of La Plata, Argentina*. Juan Ignacio Rojas Chediac. Población & Sociedad [en línea], ISSN 1852-8562, en prensa. Puesto en línea en noviembre de 2026.

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución - No Comercial CC BY-NC-SA, que permite copiar, reproducir, distribuir, comunicar públicamente la obra y generar obras derivadas, siempre y cuando se cite y reconozca al autor original. No se permite, sin embargo, utilizar la obra con fines comerciales.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/



Contacto
poblacionysociedad@humanas.unlpam.edu.ar
https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/index

Población & Sociedad
revista de estudios sociales

Geografías del barrio: fronteras como gramática de la diferencia en periferias de La Plata, Argentina[1]

Neighborhood Geographies: borders as grammar of difference in the peripheries of La Plata, Argentina

Juan Ignacio Rojas Chediac
Universidad Nacional de la Plata, Centro Interdisciplinario de Estudios Complejos, Argentina. juan.rojaschediac@gmail.com

Resumen

En el presente artículo se analiza la producción del barrio en periferias de la ciudad de La Plata (Argentina) mediante un estudio cualitativo en dos localidades con trayectorias sociohistóricas contrastantes. Se indaga cómo los habitantes delimitan, experimentan y resignifican sus espacios de pertenencia. Los resultados muestran que el barrio constituye un producto social construido por procesos de fronterización que articulan dimensiones espaciales, temporales y corporales. Se concluye que el barrio opera como una relación cotidiana de clasificación social en experiencias de pertenencia y exclusión.

Palabras clave: barrios; frontera; periferia; diferenciación cultural

Abstract

This article analyzes the production of the neighborhood in the peripheries of the city of La Plata (Argentina) through a qualitative study of two localities with contrasting socio-historical trajectories. It examines how inhabitants delimit, experience, and resignify their spaces of belonging. The results show that the neighborhood constitutes a social product built through boundary-making processes that articulate spatial, temporal, and embodied dimensions. It is concluded that the neighborhood operates as an everyday relation of social classification in experiences of belonging and exclusion.

Keywords: Neighborhoods; Frontier; Periphery; Cultural differentiation

Introducción

El barrio ocupa un lugar paradójico dentro de los estudios urbanos. Pocas categorías han sido tan utilizadas para comprender la experiencia de la ciudad y, al mismo tiempo, tan difíciles de delimitar como objeto teórico (Tapia, 2015). Habitualmente concebido como una unidad territorial relativamente estable, una escala de proximidad o un espacio de sociabilidad e identidad (Mayol, 1994; Jacobs, 2011), el barrio también ha sido analizado como escenario privilegiado de procesos de segregación, estigmatización y

Recibido: 08/06/2026 - Aceptado: 14/09/2026

desigualdad (Wacquant, 2007; Duhau y Giglia, 2008). Frente a esta tensión, diversos estudios mostraron que el barrio se constituye como una configuración producida relacionalmente a través de prácticas, representaciones, memorias y formas de identificación y diferenciación (Gravano, 2003; Segura, 2006, 2015; Grimson, 2009; Ferraudi Curto, 2014; Cosacov, 2017). Desde esta perspectiva, la pregunta por el barrio no solo remite a sus características internas o las relaciones que se desarrollan en su interior, sino también a los procesos mediante los cuales determinados espacios adquieren consistencia como ámbitos diferenciados de pertenencia, reconocimiento y clasificación cotidiana.

Este problema adquiere particular relevancia en las periferias urbanas latinoamericanas, donde la acelerada transformación de las formas de urbanización (Di Virgilio, 2021), la creciente fragmentación socioespacial (Veiga, 2009; Cuenya, 2017) y la diversificación de las trayectorias residenciales (Di Virgilio, 2007; Cosacov et al., 2018) cuestionan las imágenes tradicionales del barrio como comunidad homogénea o como simple unidad administrativa. En estos contextos, las delimitaciones barriales rara vez coinciden de manera mecánica con las divisiones institucionales, y adquieren consistencia a través de prácticas de movilidad, memorias, experiencias del miedo, relaciones de cuidado, estigmas y procesos de reconocimiento mutuo. Más que asumir estas delimitaciones como expresiones de una unidad barrial previamente constituida, interesa comprender las operaciones mediante las cuales determinadas diferencias adquieren forma territorial y se vuelven relevantes para quienes habitan esos espacios. En este marco, resulta pertinente atender a las fronteras con las que los habitantes establecen distinciones entre espacios, sujetos y formas de pertenencia, así como a los modos en que esas distinciones son producidas, negociadas y experimentadas en la vida cotidiana.

A partir de este problema, en este trabajo se analiza la producción barrial mediante procesos de fronterización, entendidos como el conjunto de prácticas, representaciones y clasificaciones a partir de las cuales los habitantes producen diferencias, delimitan ámbitos de pertenencia y establecen relaciones de proximidad y distancia. Esta perspectiva parte de reconocer que las fronteras no constituyen únicamente líneas físicas que separan sectores urbanos, sino procesos relacionales en los que las diferencias sociales adquieren expresión territorial y se vuelven perceptibles, experimentables y significativas en la vida cotidiana (Reygadas, 2004; Benedetti, 2023). En este sentido, las fronteras barriales pueden operar simultáneamente sobre distintas dimensiones de la experiencia: espacial, temporal y corporal. Estas dimensiones no constituyen registros independientes, sino que se articulan en situaciones concretas y contribuyen —de manera desigual y contingente— a producir distinciones entre espacios, sujetos y formas de pertenencia. De este modo, la fronterización permite observar cómo las diferencias urbanas son producidas, negociadas y

actualizadas cotidianamente y cómo, a través de estos procesos, determinados espacios adquieren consistencia y significado como barrios.

Para desarrollar este argumento se realizó una investigación cualitativa comparada en dos localidades periféricas con trayectorias sociohistóricas marcadamente diferentes del Partido de La Plata: Los Hornos y City Bell. La investigación propone abordar las configuraciones urbanas disimiles a partir de la relación entre producción barrial y fronterización, atendiendo a las formas en que las diferencias adquieren expresión territorial en la experiencia cotidiana. El análisis considera tres dimensiones interrelacionadas —espacial, temporal y corporal— que permiten examinar las distintas formas en que los habitantes delimitan, recorren y experimentan el barrio. El desarrollo del artículo parte de estas dimensiones para reconstruir, a partir de la evidencia empírica, las modalidades específicas que adquieren los procesos de fronterización en ambos casos.

Metodología

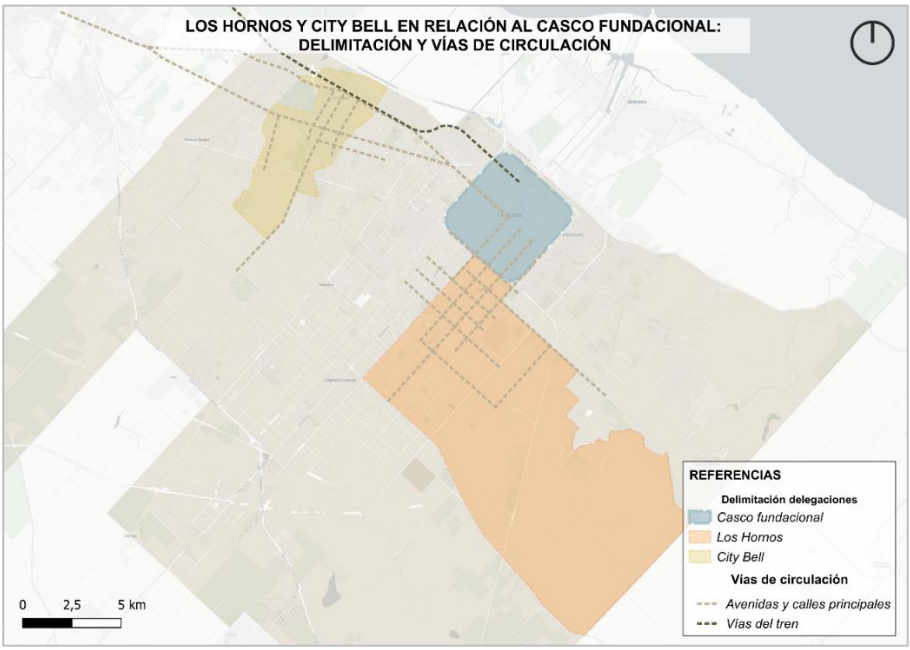
La investigación se desarrolló a partir de una estrategia metodológica cualitativa orientada a comprender los modos en que los habitantes producen, experimentan y significan el espacio barrial en contextos periféricos. Desde una perspectiva interpretativa, el interés estuvo puesto en reconstruir las prácticas, representaciones y narrativas a través de las cuales los sujetos construyen referencias territoriales, elaboran sentidos de pertenencia y organizan su experiencia cotidiana de la ciudad. En este marco, las fronteras barriales fueron abordadas como procesos relacionales de diferenciación y reconocimiento, antes que como límites territoriales predefinidos o como objetos espaciales cuya existencia pudiera establecerse de antemano.

La selección de casos respondió a un criterio de diversidad analítica (Rojas Chediac, 2021), con el propósito de examinar dos localidades[2] periféricas con trayectorias sociales y espaciales contrastantes dentro del mismo sistema urbano (Figura 1). Los Hornos, localizado al sudoeste del casco fundacional, se caracteriza por una trayectoria asociada a la expansión popular, la autoconstrucción y la consolidación de sectores trabajadores. Por su parte, City Bell se ubica al noroeste y presenta una morfología vinculada a procesos de suburbanización planificada, valorización residencial y asentamiento de sectores medios y medios-altos (Gómez Pintus, 2013; Frediani et al., 2018).

Estas trayectorias divergentes expresan la fractura norte-sur que caracteriza históricamente al patrón de urbanización platense (Rojas Chediac, 2024) y constituyen un terreno propicio para analizar cómo la diferenciación socioespacial se articula con las formas cotidianas de producir pertenencia y establecer distancias. En ambos casos, la investigación se concentró en los sectores reconocidos por los propios habitantes como espacios de referencia barrial, evitando asumir de manera acrítica los límites administrativos de cada localidad. En este sentido, la elección no se orientó a contrastar unidades espaciales equivalentes, sino a analizar cómo trayectorias urbanas

diferenciadas se expresan en formas específicas de configuración barrial y en distintos modos de producir, experimentar y reconocer fronteras dentro de una misma ciudad. La comparación permitió identificar tanto regularidades en las formas de construcción de pertenencia como diferencias asociadas a las particulares condiciones socioespaciales de cada caso.

Figura 1. Ubicación de las localidades de Los Hornos y City Bell en relación con casco fundacional



Fuente: Rojas Chediac (2025b, p. 110).

La investigación empírica se desenvolvió entre 2019 y 2024. Durante ese período se realizaron observaciones participantes sostenidas y entrevistas semiestructuradas y en profundidad (Marradi et al., 2007). El corpus empírico quedó conformado por 44 entrevistas efectuadas a habitantes con perfiles diversos —entre la población entrevistada destacan comerciantes, personal del sector público, artistas, docentes y personas jubiladas—, cuyas edades oscilaron entre los 24 y 80 años, procurando además una distribución equilibrada por género. Para el análisis, se seleccionó un subconjunto de 26 entrevistas, priorizando la diversidad de trayectorias residenciales, posiciones sociales y densidad interpretativa de los relatos. La identificación de los participantes se inició mediante contactos establecidos en distintas instituciones y organizaciones locales, tales como asambleas barriales, espacios culturales, clubes y sociedades de fomento. Esta estrategia favoreció una aproximación situada al entramado comunitario y a las dinámicas cotidianas de los territorios analizados. A partir de esos primeros vínculos, la muestra se amplió mediante la técnica de bola de nieve hasta alcanzar un

corpus considerado suficiente para el desarrollo de las categorías y la comparación entre los casos.

El procesamiento del material se realizó con el software *Atlas.ti*, empleando procedimientos de codificación abierta y axial. A partir de un diálogo constante entre los conceptos del marco teórico y las regularidades observadas en el terreno, se construyeron tres dimensiones analíticas que permitieron ordenar la información, sin asumirlas como dimensiones independientes ni exhaustivas de la experiencia barrial. La primera, *espacial*, refiere a las delimitaciones barriales y los criterios empleados por los habitantes para definir espacios propios y ajenos. La segunda, *temporal*, aborda las trayectorias residenciales y las memorias asociadas a los procesos de transformación urbana. La tercera, *corporal*, da cuenta de las formas de pertenencia y reconocimiento que estructuran la sociabilidad cotidiana, atendiendo a las posiciones de género, clase y nacionalidad. Cabe destacar que, si bien la literatura señala la importancia del espacio, el tiempo y el cuerpo en el habitar urbano, estas tres dimensiones adquirieron su especificidad como categorías de análisis a partir de aquello que emergió de manera recurrente en las narrativas y observaciones de los habitantes de La Plata. El análisis articuló la identificación de regularidades discursivas con la interpretación contextual de las diferencias observadas entre actores y territorios.

De manera complementaria, se realizaron recorridos sistemáticos por los sectores definidos por los habitantes como barrio, registrando prácticas cotidianas, usos del espacio público e interacciones en calles, plazas, comercios, ferias y equipamientos urbanos. La triangulación entre observaciones y entrevistas permitió reconstruir las formas en que el barrio es experimentado y significado por sus habitantes, así como las situaciones, prácticas y referencias mediante las cuales se producen pertenencias, distancias y diferenciaciones en la vida cotidiana. Esta estrategia permitió contrastar los sentidos expresados en las entrevistas con las prácticas y configuraciones espaciales observadas, fortaleciendo la interpretación de los procesos de fronterización identificados en ambos casos.

Apuntes teóricos: barrio, producción relacional y fronterización

Pensar el *barrio* en la contemporaneidad urbana exige suspender su aparente obviedad. Pocas categorías han alcanzado una presencia tan persistente en la experiencia cotidiana y, al mismo tiempo, una definición tan escurridiza en el pensamiento urbano. Como advierte Henri Lefebvre (1978), el barrio ha sido frecuentemente objeto de una ideología espacial que lo presenta como una unidad orgánica, una escala privilegiada de la vida social donde se preservaría la autenticidad de los vínculos comunitarios frente a las dinámicas impersonales de la gran ciudad. Sin embargo, esta naturalización nubla su carácter históricamente producido. Desde la perspectiva de la producción social del espacio, el barrio no constituye una realidad

preexistente ni una entidad autónoma, sino una forma socioespacial cuya existencia solo puede comprenderse en relación con los procesos más amplios de urbanización. Lejos de representar una esencia territorial, constituye una mediación dialéctica entre las estructuras urbanas y las experiencias cotidianas de quienes las habitan.

Esta comprensión relacional permite desplazar la mirada desde el territorio como objeto estático hacia el habitar como *proceso*. En esta dirección, Pierre Mayol (1994) sostiene que el barrio opera como una instancia de articulación entre la esfera doméstica y la complejidad urbana, constituyendo una *escala intermedia* donde los sujetos traducen la vastedad de la ciudad en referencias concretas de orientación, familiaridad y reconocimiento. Más que una delimitación física, el barrio representa una forma de apropiación cotidiana del espacio que permite organizar desplazamientos, construir rutinas y estabilizar sentidos de pertenencia. De manera complementaria, estas prácticas se apoyan en la dimensión perceptiva de los sujetos, para quienes el entorno adquiere legibilidad a través de hitos y referencias materiales (Lynch, 2008), transformando la morfología urbana en un mapa de signos visibles que inscriben a los habitantes en la trama de la ciudad. Desde esta perspectiva, lo barrial no puede reducirse a una delimitación administrativa ni a una configuración morfológica: constituye, ante todo, una forma socialmente construida de experimentar y significar el espacio urbano.

La contribución de Pierre Bourdieu (2007) resulta indispensable para profundizar esta dimensión. Como señala el autor, los espacios habitados participan activamente en la *reproducción de las jerarquías*, otorgando prestigio o estigma a quienes los ocupan. El lugar de residencia se transforma en una fuente de capital simbólico cuando se asocia con atributos socialmente valorados, o bien opera como una marca de descalificación y exclusión territorial cuando se vincula con representaciones negativas[3], frecuentemente atravesadas por mediaciones de clase, género y nacionalidad. No obstante, estas valoraciones no derivan mecánicamente de las características materiales del territorio, sino que se construyen a través de procesos sociales de percepción, nominación y reconocimiento. En este sentido, el barrio funciona como una forma de *inscripción espacial de las diferencias sociales*, haciendo visibles y experimentables jerarquías macroestructurales que exceden ampliamente la escala local.

Sin embargo, reducir el barrio a una instancia de determinación estructural equivaldría a desconocer su carácter inherentemente ambivalente y dinámico. Como advierte Manuel Delgado (1999), los espacios barriales se encuentran atravesados simultáneamente por relaciones de proximidad y distancia, cooperación y conflicto, reconocimiento y extrañamiento. Lejos de constituir comunidades homogéneas o armónicas, condensan *formas complejas de convivencia* donde la cercanía física no elimina las tensiones sociales. Por ello, desde el enfoque de Emilio Duhau y Ángela Giglia (2004) el barrio se puede comprender como un *orden urbano*: una configuración de prácticas, normas y representaciones donde las restricciones estructurales del entorno son

negociadas y resignificadas constantemente por la agencia de los habitantes. Desde esta perspectiva, lo barrial emerge como un ámbito de mediación de la experiencia urbana en el que las condiciones estructurales, las prácticas cotidianas y las posiciones sociales se articulan sin resolverse en una configuración homogénea.

Esta dimensión relacional adquiere una densidad particular cuando se la vincula con los procesos de clasificación social. En este sentido, Ariel Gravano (2003) plantea que el barrio debe entenderse simultáneamente como una *realidad material*, una *construcción identitaria* y una *producción simbólica*. Su importancia radica precisamente en que articula estas dimensiones en una misma configuración territorial. Los barrios no sólo alojan prácticas sociales, sino que producen sentidos acerca de quiénes pertenecen a ellos, quiénes quedan excluidos y qué valores se asocian a determinados lugares. En consecuencia, las identificaciones barriales operan como mecanismos de diferenciación que permiten ordenar la experiencia urbana y atribuir significados a las posiciones ocupadas dentro de la ciudad. La relacionalidad de lo barrial se manifiesta, entonces, no solo en los vínculos que se establecen entre habitantes y espacios, sino también en las distinciones mediante las cuales unos espacios, sujetos y modos de habitar adquieren sentido en relación con otros.

Es precisamente en este punto donde la diferenciación adquiere relevancia como problema analítico. El barrio puede constituirse relacionalmente a través de procesos de diferenciación y producción de límites. Allí, las categorías barriales no designan simplemente unidades espaciales preexistentes, sino configuraciones inestables cuyos límites son producidos y negociados en las prácticas cotidianas. Las distinciones entre *adentro* y *afuera, delante* y *fondo*, *cerca* y *lejos*, tal como plantea Ramiro Segura (2015), no describen únicamente posiciones en el espacio, sino que condensan diferencias sociales y formas diferenciadas de habitar y de pertenecer. Del mismo modo, siguiendo a María Ferraudi Curto (2014), categorías como "villa", "barrio" o "asentamiento" no funcionan exclusivamente como denominaciones espaciales, sino como clasificaciones a través de las cuales se disputan reconocimiento, valorización y legitimidad territorial, produciendo *distinciones entre antiguos y nuevos habitantes, entre quienes son reconocidos como parte del barrio y quienes son situados en sus márgenes, y entre diferentes formas de habitar*.

La diferenciación barrial implica, por lo tanto, una dimensión social y moral que se articula con la configuración física del espacio. Las fronteras que organizan lo barrial también clasifican sujetos y prácticas, estableciendo criterios acerca de quiénes pueden ser reconocidos como pertenecientes y qué formas de habitar resultan legítimas. En este sentido, las identificaciones barriales se constituyen mediante *fronteras morales* y *clasificaciones sociales* que producen distinciones entre posiciones, estilos de vida y modos de apropiación del espacio (Cosacov, 2017). La producción de lo barrial puede entenderse entonces como un proceso múltiple en el que espacios, sujetos,

prácticas y representaciones se diferencian y articulan recíprocamente. No se trata simplemente de que existan diferencias dentro del barrio, sino de que determinadas diferencias son territorializadas, adquieren legibilidad y producen efectos sobre las formas en que los habitantes experimentan el espacio y construyen pertenencias.

Es en este proceso de territorialización de las diferencias donde la noción de *frontera* adquiere relevancia teórica. Más que concebirla como una línea que separa unidades espaciales preexistentes, interesa entender la frontera como una relación que organiza proximidades y distancias, y cuya producción y actualización cotidiana puede ser comprendida como un proceso de *fronterización*. Siguiendo a Alejandro Benedetti (2023), las fronteras pueden entenderse como configuraciones socialmente construidas, materiales y simbólicas, que delimitan ámbitos geográficos y expresan relaciones de diferenciación, separación, vinculación o conflicto entre ellos. No se reducen a líneas físicas ni coinciden necesariamente con límites administrativos: pueden materializarse en infraestructuras y barreras, pero también en dispositivos institucionales, representaciones y clasificaciones que establecen distinciones entre espacios y sujetos (Silva, 2006; Reygadas, 2020). Su carácter de construcción relacional implica que una frontera no solo separa espacios o sujetos, sino que produce y estabiliza, aunque siempre de manera contingente, los términos de esa diferenciación, al establecer situacionalmente relaciones entre un *nosotros* y un *otro*, un *adentro* y un *afuera*, una proximidad y una distancia (Grimson, 2009). En este sentido, la frontera puede ser entendida más como una relación espacializada que como una entidad fija que organiza diferencias y establece condiciones específicas de vinculación.

Esta consideración permite introducir la noción de *fronterización* para atender no solo a las fronteras resultantes, sino a los procesos a través de los cuales determinadas diferencias adquieren consistencia y eficacia territorial. Así, se comprende la fronterización como un proceso relacional en el que determinadas diferencias sociales, espaciales y temporales son producidas, reconocidas, materializadas y negociadas a través de prácticas, representaciones y clasificaciones que establecen ámbitos de pertenencia, alteridad, proximidad y distancia. Mientras la frontera remite a una configuración relacional de la diferencia, la fronterización permite atender a su carácter procesual: a las operaciones en las que una diferencia es producida, reproducida, desplazada o negociada y adquiere, en determinadas situaciones, expresión territorial. Estas operaciones articulan espacialidades, temporalidades y cuerpos, sin suponer necesariamente una separación absoluta. Las fronteras pueden ser reforzadas, desplazadas, atravesadas, negociadas o evitadas según las posiciones de los sujetos y las situaciones en las que se actualizan. En esta dirección, la noción de *umbral* propuesta por Stavros Stavrides resulta útil para reconocer aquellos bordes que, antes que clausurar completamente la relación, habilitan formas contingentes de paso, comunicación y negociación entre espacios diferenciados. Frontera y umbral no constituyen categorías necesariamente opuestas, sino distintas

modalidades de una relación fronteriza que puede combinar separación y posibilidad de tránsito (Stavrides, 2016).

Desde esta perspectiva, los procesos de fronterización no se producen exclusivamente en el espacio ni pueden reducirse a una única forma de división. Su producción involucra diferentes registros de la experiencia que se encuentran empíricamente entrelazados: las delimitaciones y discontinuidades del espacio, las memorias y trayectorias que organizan temporalmente los lugares, y las posiciones corporales y sociales desde las cuales los sujetos experimentan, atraviesan, habitan o evitan determinados ámbitos. Estas dimensiones no deben entenderse como fronteras independientes, sino como registros analíticos de procesos de fronterización que se articulan de manera situada. Una misma infraestructura puede adquirir significados diferentes según la trayectoria residencial de quien la atraviesa; un recuerdo puede reforzar una distinción espacial; una determinada posición de género, clase o nacionalidad puede ampliar o restringir las posibilidades de circulación, permanencia y reconocimiento. La fronterización permite, precisamente, analizar estas articulaciones sin reducir la producción de diferencias a una sola dimensión de la experiencia.

Esta perspectiva resulta particularmente pertinente para el análisis de las periferias urbanas, donde las trayectorias de urbanización, las desigualdades territoriales y la heterogeneidad de las posiciones sociales generan condiciones diferenciadas para la producción de fronteras. Durante décadas, estas fueron concebidas desde lecturas dicotómicas y subordinadas respecto de un centro que concentraba recursos y prestigio. Por el contrario, las periferias actuales constituyen territorios profundamente heterogéneos, atravesados por múltiples temporalidades, actores y formas de urbanización (Hiernaux y Lindón, 2004). Más que espacios residuales, representan fragmentos densos e inestables de la ciudad, marcados por una permanente tensión entre el cambio y la permanencia (Lindón, 2020). Esta condición hace de las periferias espacios particularmente productivos para observar cómo las configuraciones barriales se producen en contextos donde distintas trayectorias de urbanización, posiciones sociales y temporalidades urbanas se superponen y entran en relación. En estos contextos, las fronteras participan en la producción de espacios reconocibles como barrios, al tiempo que las configuraciones barriales sedimentadas condicionan y orientan nuevas prácticas de diferenciación.

A partir de estas premisas, el barrio será entendido aquí como una *configuración urbana relacional* que opera como mediación socioespacial, donde los habitantes interpretan, delimitan y dotan de sentido al espacio periférico que habitan. Esta perspectiva permite superar tanto los reduccionismos que asimilan el barrio a una unidad territorial objetiva como aquellos que lo conciben exclusivamente como una abstracción subjetiva. Así, lo barrial emerge de la articulación entre configuraciones materiales, trayectorias residenciales, prácticas cotidianas y procesos de reconocimiento y diferenciación social. En este proceso, las condiciones territoriales

sedimentadas orientan las formas de diferenciación, mientras que los procesos de fronterización contribuyen, a su vez, a reproducir, desplazar o transformar esas configuraciones. El barrio no constituye, por tanto, el punto de partida del análisis, sino una configuración cuya consistencia se actualiza a través de relaciones de diferenciación, pertenencia y reconocimiento.

En consecuencia, el análisis empírico —concebido como *anclajes espaciales*[4] (Lindón, 2020)— se organiza en torno a las tres dimensiones interrelacionadas que operacionalizan esta complejidad: (a) las delimitaciones barriales y los criterios empleados para definir espacios propios y ajenos (dimensión espacial); (b) las trayectorias residenciales y las memorias asociadas a los procesos de transformación urbana (dimensión temporal); y (c) las formas corporalmente situadas de pertenencia, circulación y reconocimiento que estructuran la sociabilidad cotidiana (dimensión corporal). Estas dimensiones no constituyen categorías autónomas, sino registros analíticos mediante los cuales se examinarán las formas concretas que asumen los procesos de fronterización. Su articulación permitirá observar cómo una misma diferencia puede adquirir simultáneamente expresiones espaciales, inscribirse en trayectorias temporales y ser experimentada de manera desigual por sujetos situados en distintas posiciones sociales. A través de este entramado analítico es posible examinar cómo las condiciones socioespaciales sedimentadas en las periferias son experimentadas, diferenciadas y resignificadas mediante procesos de fronterización, y cómo estos procesos participan, a su vez, en la reproducción y transformación de las configuraciones barriales y de los sentidos a través de los cuales las diferencias urbanas se vuelven reconocibles y significativas.

Delimitar el barrio: entre el miedo, la memoria y la movilidad

Si el barrio constituye una mediación a través de la cual los habitantes interpretan y organizan su experiencia urbana, una primera cuestión consiste en comprender cómo son definidos sus límites. Lejos de coincidir mecánicamente con las divisiones político-administrativas, los barrios emergen a partir de procesos cotidianos de delimitación en los que los habitantes distinguen espacios propios y ajenos, reconocen ámbitos de pertenencia y establecen referencias para orientarse en la ciudad. Desde una perspectiva teórica, estas fronteras no deben entenderse como líneas inertes, sino como *umbrales performativos* (Stavrides, 2016): espacios porosos que simultáneamente separan y conectan, regulando el acceso, el reconocimiento y la circulación. Como advirtió Georg Simmel (2001, 2015), las fronteras no son hechos espaciales con efectos sociales, sino hechos sociales con forma espacial: *separan* y *comunican*, cohesionan internamente mientras escinden hacia afuera. En los casos analizados, estas operaciones de delimitación se producen mediante la articulación de referencias espaciales, memorias, trayectorias de movilidad y experiencias corporales que vuelven reconocibles determinados ámbitos como propios o ajenos.

La comparación entre Los Hornos y City Bell muestra que estos procesos de delimitación responden a principios de clasificación diferentes, tensionados por las trayectorias históricas y las marcas morfológicas de cada localidad. En la localidad de City Bell, las narrativas de los habitantes tienden a inscribir el barrio dentro de un imaginario más amplio asociado a la categoría nativa de "pueblo". La referencia recurrente a la fundación de la localidad, a su historia compartida y a una supuesta continuidad de las relaciones vecinales produce una representación de totalidad que trasciende los barrios específicos y se proyecta sobre City Bell en su conjunto. Expresiones como "es un pueblo que nació hace 109 años y no había nada" (Camila,[5] 62 años, profesional); "Vengan a conocer mi pueblo" (Joaquín, 67 años, jubilado); o "City Bell peleó mucho por seguir siendo un pueblo porque siento que de alguna forma tiene esa alma" (Sofía, 24 años, estudiante), remiten a una identidad territorial sustentada en la memoria local y en la percepción corporalmente experimentada de una sociabilidad próxima, previsible y reconocible. Aquí, la frontera opera menos como un muro que separa y más como un dispositivo de distinción (Bourdieu, 1988) que preserva un capital simbólico histórico frente a la urbanización difusa.

Sin embargo, al interior del *pueblo* existen procesos de diferenciación. La organización histórica del trazado urbano y la persistencia de determinados hitos espaciales contribuyen a estructurar las formas en que los habitantes delimitan sus ámbitos de pertenencia. En este sentido, las vías del ferrocarril aparecen de manera reiterada como un elemento ordenador de las referencias territoriales. Como señaló Jane Jacobs (2011, p. 293), son un "ejemplo clásico de frontera social", hasta el punto de que antaño eran sinónimo de división entre sectores. Gustavo (61 años, periodista) sostiene que "las vías del ferrocarril siempre fueron una división", un hecho estructural que asume como regularidad, mientras que Sofía delimita su barrio a partir de ellas: "las vías para acá es todo el barrio". Del mismo modo, Adrián (55 años, comerciante) reconstruye una geografía histórica compuesta por tres grandes barrios diferenciados —el centro, "atrás de la vía" y "atrás de Belgrano"— que aún hoy organizan sus referencias espaciales. Las vías funcionan como una marca material cuya eficacia fronteriza se sostiene en su permanencia histórica y en la memoria de sucesivas generaciones que continúan reconociéndolas como una división.

No obstante, las fronteras barriales en City Bell no se reducen a la rigidez de la infraestructura material urbana. En varios relatos aparecen asociadas a elementos afectivos y estéticos vinculados con experiencias biográficas específicas. Sandra (72 años, jubilada), por ejemplo, define su entorno a partir de referencias paisajísticas y patrimoniales, destacando la arboleda de la calle 474 y la propia estación ferroviaria como espacios cargados de valor emocional: "Desde la 474 hasta el Centenario, sin perder una sola planta de la 474, eso es una gloria". La referencia espacial aparece aquí atravesada por una experiencia acumulada del lugar: la arboleda no funciona únicamente como hito material, sino como soporte de una memoria afectiva que orienta la

percepción del entorno. Las delimitaciones territoriales se construyen menos como barreras de exclusión que de memoria y reconocimiento. El barrio aparece, entonces, como una espacialidad organizada por la continuidad histórica, la familiaridad y la identificación afectiva con el entorno.

Por el contrario, en Los Hornos las delimitaciones barriales emergen a partir de una lógica relacional diferente. Aunque los habitantes también apelan a referencias históricas y sentidos de pertenencia, las fronteras adquieren una centralidad mucho mayor en la organización pragmática de la experiencia cotidiana. Mientras City Bell tiende a representarse como una unidad relativamente integrada bajo el imaginario del pueblo, en Los Hornos los límites entre sectores aparecen más claramente marcados y poseen una fuerte carga moral. Al mismo tiempo, la localidad es frecuentemente representada como una totalidad diferenciada y autosuficiente respecto del resto de la ciudad.

Expresiones de fuerte arraigo identitario como "la República de Los Hornos" (Nicolás, 33 años, empleado público), "la República separatista de Los Hornos" (Esteban, 61 años, comerciante) o "Los Hornos y el resto del mundo" (Manuel, 38 años, comerciante) condensan una identidad construida en la diferencia, operando como una respuesta simbólica a la distancia y subordinación respecto del casco fundacional. En este esquema, la avenida Circunvalación[6] opera como un referente particularmente significativo. Aunque constituye una infraestructura de conexión vial cotidiana, también funciona como un marcador simbólico que escinde el espacio periférico del centro platense. Los desplazamientos habituales hacia el centro urbano para trabajar, estudiar o realizar trámites hacen que esta diferencia no solo sea representada, sino experimentada corporalmente y actualizada en el tiempo, reforzando la percepción de atravesar una frontera urbana e institucional.

Sin embargo, al descender a la escala de la experiencia barrial concreta, estas certezas identitarias se fragmentan. Los habitantes de los sectores centrales de Los Hornos suelen definir sus espacios de referencia mediante *cartografías del miedo* (Rojas Chediac, 2025a). Agustina (39 años, docente) delimita su espacio seguro entre las calles 131 y 170, evitando desplazarse hacia el sur por identificarlo como una "zona caliente". De manera similar, Fausto (42 años, arquitecto) señala que más allá de la calle 140 comenzaba "ir para el fondo" —hacia un territorio representado como peligroso—, mientras que Nicolás afirma de modo tajante que para él el barrio "moría en la 143". El miedo adquiere así una forma espacial concreta porque modifica las prácticas corporales de circulación: aquello que se percibe como peligroso se transforma en un límite que deja de ser atravesado o habitado de la misma manera. Estas referencias demuestran que las fronteras barriales no responden únicamente a la proximidad física ni a la extensión de los vínculos interactivos (puesto que los sujetos declaran tener amigos o conocidos en esas zonas), sino a representaciones estigmatizantes que jerarquizan diferencialmente el territorio, operando como capital negativo que fragmenta el tejido comunitario.

Reducir estas delimitaciones exclusivamente al vector del miedo sería, no obstante, insuficiente. Las narrativas demuestran que los barrios se configuran de manera activa a partir de las prácticas de movilidad cotidiana (Jirón y Mansilla, 2013). Los recorridos habituales hacia la escuela, el trabajo, los comercios o los espacios de sociabilidad producen ámbitos estables de familiaridad que definen los límites de la experiencia. Agustina asocia su barrio con los trayectos pedestres que realiza diariamente desde su infancia para ir a dar clases, mientras que Agustín (63 años, constructor) lo define por la cuadrícula donde declara haberse "desenvuelto toda su vida". En estos casos, el espacio barrial se construye a partir de una temporalidad acumulada de recorridos: las calles se vuelven familiares no solo porque son próximas, sino porque han sido reiteradamente transitadas e incorporadas a las biografías de quienes las habitan.

Esta lógica de proximidad ordinaria también se observa en los sectores populares e informales de la localidad. Marcelo (48 años, herrero) circunscribe su entorno a un perímetro reducido ("143 a 149 y de 60 a 49"), reconociendo que más allá de esos límites "no tenés trato". En sintonía, su pareja, Rocío (51 años, cocinera), enfatiza la importancia del reconocimiento microsocial como fundamento de su sentido de pertenencia:

> siento que nos conocemos, que nos saludamos ... Yo cuando voy al supermercado me siento que es mi lugar, es mi calle; si bien no hay una amistad, hay un buen día, unas buenas tardes y te sentís parte de la gente.

El reconocimiento cotidiano convierte determinados recorridos y lugares en espacios propios: la pertenencia se produce simultáneamente mediante la repetición de prácticas, la familiaridad corporal con el entorno y el reconocimiento mutuo entre quienes lo habitan.

Sin embargo, en estos sectores desfavorecidos, las formas de pertenencia conviven con las condiciones del deterioro urbano y la precariedad material que afectan directamente la relación con el lugar. Guadalupe (63 años, desempleada) expresa su frustración y "bronca" ante el estado de su calle tras 56 años de residencia, mientras que Elisa (34 años, empleada doméstica) narra cómo las carencias de infraestructura transforman corporalmente el habitar diario:

> los días de lluvia, los días que salís y está lleno de barro, y tengo que llevar a mi hija al jardín y la tengo que llevar a upa y es muy pesada, y después se embarra toda, y me embarro yo y nos embarramos todos... y llega embarrada al jardín y me quiero mudar.

El relato articula de manera particularmente clara las tres dimensiones: una condición espacial —el barro producido por la precariedad de la calle— se activa temporalmente durante los días de lluvia y se convierte en una experiencia corporal que dificulta la movilidad cotidiana. Se evidencia, de esta manera, que las condiciones objetivas del entorno material intervienen de manera activa en la producción de sentidos sobre el barrio, desgastando los

lazos de arraigo y transformando el espacio vivido en un escenario de expulsión cotidiana.

En conjunto, ambos casos permiten observar que las delimitaciones barriales constituyen un mecanismo fundamental de producción del espacio vivido en las periferias platenses. Sin embargo, los principios relacionales que organizan estas fronteras difieren significativamente en cada territorio. Mientras que en City Bell predominan referencias asociadas a la memoria local, la continuidad histórica y la investidura estética de determinados hitos materiales (las vías, el paisaje vegetal) que operan bajo la retórica de la distinción, en Los Hornos adquieren mayor relevancia las experiencias vinculadas a la fractura moral del miedo, las trayectorias de la movilidad cotidiana y el impacto de las desigualdades materiales. La diferencia entre ambos casos no radica, por tanto, en la presencia de unas dimensiones u otras, sino en las formas particulares en que estas se articulan: en City Bell, la memoria contribuye a investir espacialmente determinados lugares y sostener su reconocimiento; en Los Hornos, el miedo, la movilidad y las condiciones materiales intervienen conjuntamente en la delimitación y experiencia del espacio barrial. Lejos de ser límites pasivos, las fronteras barriales emergen como construcciones relacionales que se actualizan en la articulación entre espacio, tiempo y experiencia corporal, mediante las cuales los habitantes interpretan las asimetrías de la estructura urbana, producen sus regímenes de pertenencia y organizan su experiencia cotidiana de la ciudad.

Temporalidades del habitar: memoria, trayectorias y transformación del barrio

Si las fronteras barriales permiten comprender cómo los habitantes delimitan espacialmente sus ámbitos de pertenencia, la dimensión temporal resulta indispensable para comprender cómo esos mismos espacios adquieren espesor biográfico e histórico. El barrio no constituye una realidad fija que permanece inalterada a lo largo del tiempo, sino una configuración socioespacial en permanente elaboración, donde memorias, trayectorias y transformaciones urbanas se entrelazan y modifican las formas de percibir, recorrer y reconocer el espacio. Como ha señalado Lefebvre (2013), el espacio urbano no solo se produce socialmente, sino que acumula temporalidades diversas que sedimentan experiencias y significados. Desde esta perspectiva, el barrio puede comprenderse como una forma espacial de sedimentación temporal, donde trayectorias biográficas, memorias colectivas y transformaciones urbanas se inscriben mutuamente, otorgando espesor histórico a la experiencia cotidiana del habitar.

En Los Hornos, las narrativas de los residentes de larga permanencia revelan que la experiencia barrial se encuentra atravesada por una constante comparación entre tiempos urbanos diferentes. Por ejemplo, Damián (58 años, empleado público) recuerda una infancia organizada en torno a una sociabilidad intensa de calle, donde la cuadra funcionaba como espacio privilegiado de encuentro y reconocimiento. En contraste, describe un

presente marcado por la retracción de la vida pública y la incorporación del miedo como criterio organizador de las prácticas cotidianas: "si tengo que hacer un mandado a más de cuatro o cinco cuadras, voy en el auto porque me pongo a pensar que hay una posibilidad de que me roben si voy caminando". Más que una simple evocación nostálgica, este relato pone en evidencia una transformación de las condiciones de habitabilidad del espacio urbano. El recuerdo de una forma anterior de recorrer la cuadra permite reconocer el cambio en las prácticas corporales del presente: el espacio sigue siendo próximo y materialmente reconocible, pero determinadas distancias que antes podían realizarse caminando aparecen ahora atravesadas por el miedo. La memoria funciona aquí como un dispositivo de contraste que permite percibir la transformación de la ciudad a través de los cambios en las formas de moverse y experimentar el espacio.

Sin embargo, la relación entre tiempo y barrio no adopta una dirección única. Mientras algunos relatos enfatizan procesos de retracción y pérdida, otros muestran dinámicas de ampliación territorial y expansión de los horizontes de pertenencia. Claudio (50 años, docente) describe cómo el paso de los años modificó su relación con el entorno. Si durante su infancia el barrio se limitaba prácticamente a "la cuadra y la plaza", la participación en instituciones, organizaciones y actividades colectivas amplió progresivamente su conocimiento y apropiación de Los Hornos. Según sus palabras, esta experiencia le permitió desarrollar "una noción, una perspectiva amplia de lo que es el barrio". El tiempo no opera aquí como una fuerza homogénea de pérdida, sino como un principio de diferenciación de las trayectorias barriales. La ampliación del barrio no resulta de una modificación de sus límites materiales, sino de la acumulación de recorridos, vínculos y experiencias que transforman aquello que el habitante reconoce como propio. En este sentido, el barrio no se reduce a una superficie delimitada, sino que se configura como una trayectoria de relaciones que se expande y redefine junto con la biografía.

En City Bell, por su parte, la temporalidad se expresa principalmente a través de narrativas que vinculan los cambios urbanos con la transformación de las formas de reconocimiento espacial. Horacio (60 años, artista) recuerda una localidad donde las distancias carecían de relevancia y los desplazamientos podían extenderse por amplios sectores sin que ello implicara abandonar el universo barrial: "no tenías un límite, ibas a un malón a cuarenta cuadras, no pasaba nada". Frente a esta imagen, contrapone un presente caracterizado por la densificación urbana, la fragmentación del tejido residencial y la pérdida de referencias históricas: "la casa la transforman en cinco dúplex". Del mismo modo, Marcela (63 años, arquitecta) asocia la transformación del paisaje con una disminución de las posibilidades de apropiación cotidiana del entorno, señalando cómo espacios que antes recorría libremente han sido progresivamente ocupados por urbanizaciones cerradas. En ambos casos, la experiencia del cambio urbano se expresa como una alteración de la legibilidad territorial. La transformación física del entorno

no solo modifica lo que puede recorrerse, sino también aquello que la memoria reconoce como familiar y las prácticas mediante las cuales ese espacio había sido incorporado a la vida cotidiana.

Esta articulación entre memoria y transformación resulta especialmente evidente en el relato de Joaquín (67 años, jubilado). Al reconstruir su experiencia infantil, describe un barrio organizado alrededor de terrenos baldíos, espacios de juego y formas de vigilancia familiar que delimitaban claramente el universo cotidiano de la niñez. En contraste, su experiencia actual se estructura alrededor de la centralidad comercial de la calle Cantilo y de una movilidad cotidiana mucho más amplia. La comparación entre ambos momentos no remite únicamente a dos configuraciones espaciales, sino a dos formas corporalmente experimentadas de habitar un mismo entorno, asociadas a posiciones biográficas diferentes. El barrio de la infancia y el barrio actual no aparecen como espacios diferentes, sino como configuraciones sucesivas de una misma realidad territorial. Lo que se transforma no es únicamente el espacio, sino también la posición desde la cual el sujeto lo experimenta. En este sentido, el barrio emerge como una construcción relacional donde las transformaciones urbanas y las trayectorias biográficas se coproducen mutuamente.

Las narrativas analizadas muestran que el tiempo de residencia constituye mucho más que una variable descriptiva. Se trata de una dimensión fundamental para comprender la producción cotidiana del barrio, en tanto permite observar cómo los habitantes acumulan memorias, reorganizan sus prácticas espaciales y reelaboran continuamente sus sentidos de pertenencia. Las comparaciones entre el *antes* y el *ahora* constituyen operaciones narrativas mediante las cuales los habitantes producen continuidad biográfica frente a la transformación urbana. En este sentido, la memoria no opera como archivo pasivo de experiencias pretéritas, sino como una práctica interpretativa a través de la cual se dota de inteligibilidad a las transformaciones del presente (Halbwachs, 2004). Al recordar recorridos, lugares y formas de sociabilidad, quienes residen en el barrio no solo reconstruyen el pasado: establecen criterios desde los cuales evalúan las posibilidades actuales de habitar y pertenecer.

En suma, el análisis de las trayectorias residenciales demuestra que el tiempo de permanencia en el territorio acumula recuerdos a la vez que produce reajustes perceptivos ante las mutaciones del entorno. Como sugiere Doreen Massey (2012), si los lugares son procesos constituidos por entrelazamientos relacionales, el cambio en sus conexiones altera inevitablemente las sensibilidades de quienes los habitan. En ambas periferias, las transformaciones del entorno reordenan las prácticas de movilidad y los sentidos de pertenencia, haciendo que determinadas distancias, recorridos y lugares sean experimentados de manera diferente según el momento y la trayectoria de las personas que los habitan. Lejos de constituir un escenario inmóvil, el barrio aparece como una construcción histórica y biográfica en permanente reconfiguración, donde las

transformaciones urbanas se inscriben en las trayectorias de los habitantes y, a través de sus memorias, prácticas y experiencias corporales, adquieren nuevos significados en la vida cotidiana.

Cuerpo, género y nación: la escala barrial como perímetro relacional

Si las fronteras barriales permiten comprender cómo los habitantes delimitan espacialmente sus ámbitos de pertenencia y las temporalidades del habitar muestran cómo dichas delimitaciones se transforman a lo largo del tiempo, la escala barrial permite observar una cuestión diferente: el alcance desigual que adquieren esas delimitaciones según las posiciones y experiencias de quienes habitan el territorio. Lejos de constituir una magnitud objetiva medible en términos de superficie o distancia, la escala del barrio emerge como un producto de las posibilidades concretas de circulación, reconocimiento y vinculación que poseen los habitantes. En este sentido, el barrio no se expande ni se contrae únicamente por condiciones morfológicas, sino también por las posiciones sociales desde las cuales los sujetos habitan el espacio y por las posibilidades diferenciales de hacer reconocibles sus recorridos y pertenencias.

Esta perspectiva permite comprender que las fronteras barriales no solo se inscriben en el territorio, sino también en los cuerpos. Tal como ha señalado Teresa del Valle (1991), la participación femenina en el espacio público suele encontrarse estrechamente vinculada a las responsabilidades asociadas a la reproducción social. Lejos de representar una simple prolongación de la esfera doméstica, estas prácticas producen formas específicas de movilidad que conectan escuelas, comercios, centros de salud, espacios comunitarios y redes de cuidado. El cuerpo aparece como el soporte concreto desde el cual se organizan recorridos, tiempos y vínculos, y las mujeres aparecen como productoras privilegiadas de una escala barrial ampliada, aun cuando la inseguridad y las distintas formas de violencia urbana recaen sobre ellas de manera particularmente intensa.

Los relatos de Rocío y Marcelo permiten observar con claridad esta diferenciación. Mientras Marcelo delimita su barrio dentro de un radio relativamente acotado —"de 143 a 149 y de 60 a 49"—, Rocío extiende sus referencias territoriales hasta abarcar prácticamente el doble de superficie. Esta diferencia no responde a percepciones subjetivas aisladas, sino a formas divergentes de inserción cotidiana en el espacio. Las tareas de abastecimiento doméstico, cuidado familiar y participación comunitaria amplían sus recorridos y multiplican las interacciones de reconocimiento. Como señala: "cuando voy al supermercado me siento que es mi lugar, es mi calle; si bien no hay una amistad, hay un buen día, unas buenas tardes y te sentís parte de la gente". El recorrido cotidiano produce simultáneamente conocimiento espacial y reconocimiento social: los lugares que se transitan reiteradamente dejan de ser solo puntos del territorio para convertirse en espacios familiares reconocibles. El barrio aparece aquí menos como una delimitación territorial

que como una red de familiaridades ordinarias producidas a través de la circulación cotidiana.

Sin embargo, la ampliación de la escala barrial no constituye una experiencia universal ni homogénea. Las posibilidades de construir pertenencia se encuentran atravesadas por desigualdades que exceden las diferencias de género e involucran también posiciones de clase, nacionalidad y origen migratorio. El caso de Clara (55 años, empleada doméstica y migrante paraguaya) resulta particularmente revelador. Ante la pregunta por los límites de su barrio responde: "mi barrio es barrio tranquilo ... no sé hasta dónde". La imprecisión del perímetro contrasta con la seguridad con que otros habitantes pueden nombrar calles, sectores o referencias. En su caso, la dificultad para definir un perímetro no necesariamente expresa desconocimiento espacial, sino que puede leerse como una forma específica de fragilidad en la inscripción territorial: la posibilidad de reconocerse como parte legítima de un espacio aparece condicionada por relaciones sociales que producen diferencias entre quienes son considerados miembros del lugar y quienes son situados en posiciones de alteridad.

Si se observa desde la perspectiva de Fredrik Barth (1976), las *fronteras* —en su caso, étnicas— no dependen necesariamente de diferencias culturales sustantivas, sino de procesos sociales de categorización que distinguen entre quienes son considerados miembros legítimos de una colectividad y quienes permanecen situados en posiciones de alteridad. En el relato de Clara, si bien no se puede hablar de fronteras étnicas en el sentido estricto, estas operaciones de diferenciación adquieren una dimensión nacional explícita y se articulan con disputas por el derecho a participar y reclamar sobre el territorio. Al recordar los conflictos posteriores a la inundación de 2013, señala: "yo no quería ir porque me dicen que no puedo protestar porque soy extranjera ... una vecina decía: ese boliviano de mierda, ¿por qué viene a reclamar lo que no es suyo?". La nacionalidad se vuelve un criterio de clasificación que construye una relación entre un *nosotros* y un *otro* y, al mismo tiempo, delimita quiénes son considerados sujetos legítimos para intervenir sobre el espacio. La frontera no separa aquí dos espacios visibles: opera en una disputa concreta sobre la legitimidad de habitar.

La descalificación por nacionalidad funciona aquí como una forma de *estigmatización territorial* (Wacquant, 2007) que comienza por el derecho a reclamar las condiciones de vida del lugar habitado. La exclusión opera simultáneamente sobre la identidad y sobre el espacio, erosionando las posibilidades de producir pertenencia. En términos de Erving Goffman (2006), el estigma transforma la identidad social de quienes lo padecen y también las condiciones bajo las cuales pueden participar de la vida colectiva. De este modo, la experiencia de Clara muestra que la pertenencia no depende únicamente de residir durante años en un lugar: también requiere ser reconocida como interlocutora legítima dentro de las relaciones que lo organizan. La frontera barrial deja de manifestarse como un límite físico para convertirse en una barrera simbólica que restringe el reconocimiento.

No obstante, la nacionalidad también puede constituirse como un recurso de cohesión territorial. El relato de Lucas, residente paraguayo de un sector popular de Los Hornos, muestra una configuración diferente. Allí la pertenencia se organiza alrededor de redes de afinidad nacional y vínculos de proximidad sostenidos en prácticas compartidas: "*acá nos conocemos todos porque somos todos paraguayos (...) hasta la 146 nos conocemos todos; para atrás no te conocen, te pasa algo y te dejan ahí*". La nacionalidad compartida adquiere espesor territorial porque se articula con una red afectiva de conocimiento y ayuda. La calle 146 opera simultáneamente como frontera espacial y social, delimitando un nosotros construido sobre experiencias comunes de migración, sociabilidad y reconocimiento mutuo.

Este caso resulta particularmente significativo porque revela el carácter ambivalente de las fronteras barriales. Las mismas delimitaciones que excluyen también producen cohesión, las mismas diferencias que separan pueden constituir comunidades de pertenencia. La frontera no aparece únicamente como mecanismo de segregación, sino también como principio organizador de solidaridades locales. Sin embargo, esta cohesión tiene un alcance territorial específico. Como señala Lucas, existen sectores cercanos que conoce y reconoce, pero que no forman parte de su universo cotidiano: "de acá no se va nadie ... es otro barrio". La calle 146 no marca simplemente una distancia entre dos sectores: señala hasta dónde se extiende una red de confianza capaz de sostener la pertenencia.

Los casos analizados permiten observar que la escala barrial no se mide en metros ni en radios de desplazamiento, sino en intensidades de relación y grados de reconocimiento. Su extensión depende de la posibilidad de convertir recorridos en familiaridad, residencia en pertenencia y diferencias sociales en criterios de inclusión o exclusión. Las fronteras que delimitan el barrio son simultáneamente espaciales, sociales y simbólicas. En el caso de los migrantes de Paraguay en Los Hornos, la nacionalidad compartida opera a veces como un capital de proximidad que genera redes de reconocimiento, mientras que en otros contextos se convierte en una barrera de exclusión. Esto demuestra que las fronteras barriales no son fenómenos unidimensionales: la etnicidad no opera por sí misma, sino que se entrelaza con la clase y el género en la configuración situada de la escala del reconocimiento.

El barrio funciona, entonces, como un perímetro relacional del habitar: una configuración variable cuya extensión depende menos de la proximidad física que de las posibilidades efectivas de ser reconocido como parte de un *nosotros*. En este sentido, la idea que un habitante expresó, "el barrio es un accidente geográfico" (Claudio, 50 años, docente, Los Hornos), sintetiza esta condición. Las fronteras barriales no constituyen líneas fijas inscritas en el territorio, sino efectos contingentes de prácticas, representaciones y vínculos que las producen y actualizan continuamente. En las periferias platenses, la escala del barrio emerge como una forma de medir las posibilidades diferenciales de habitar la ciudad. Más que una unidad espacial estable, constituye una

expresión concreta de cómo las desigualdades urbanas se experimentan, negocian y reproducen en la vida cotidiana.

Discusión: el barrio como proceso fronterizo

Los estudios urbanos han tendido a concebir el barrio desde marcos teóricos diversos y han mostrado, particularmente a partir de enfoques relacionales, que sus límites y sentidos no constituyen atributos dados de antemano, sino que se producen y negocian en las prácticas cotidianas. La evidencia analizada permite precisar esta perspectiva al situar la *fronterización* como una de las operaciones mediante las cuales esa relacionalidad adquiere forma territorial: una dinámica por la que diferencias espaciales, temporales y sociales adquieren consistencia territorial y se vuelven significativas en la experiencia cotidiana. El barrio no constituye una unidad espacial preexistente ni una escala naturalmente dada de la vida urbana, sino una configuración cuyas fronteras se actualizan en relaciones de pertenencia, reconocimiento y alteridad.

Esta perspectiva permite precisar, a partir de los casos analizados, que las fronteras barriales no poseen una forma única ni un grado de porosidad inherente. En relación con las concepciones de las fronteras urbanas (Stavrides, 2016; Benedetti, 2023), los resultados muestran que sus modalidades de apertura, cierre y permeabilidad —en su condición de *umbral*— se encuentran vinculadas con las trayectorias históricas, las configuraciones morfológicas y las posiciones sociales que atraviesan cada territorio. La comparación entre Los Hornos y City Bell no remite, por tanto, a dos tipos opuestos de frontera, sino a diferentes modos de producirlas y hacerlas eficaces. Más que confirmar una oposición entre fronteras abiertas y cerradas, la comparación permite reconocer distintos *regímenes de fronterización*, en los que las relaciones entre proximidad, distancia, pertenencia y alteridad adquieren configuraciones específicas. En este sentido, los resultados retoman la formulación de Simmel (2015) acerca del límite como hecho social con forma espacial, pero añaden un matiz crucial: la frontera no constituye una consecuencia secundaria de la diferenciación urbana, sino una operación en la que esa diferenciación se vuelve espacialmente reconocible y experiencialmente significativa.

Uno de los principales aportes del estudio consiste en mostrar que dichas fronteras operan simultáneamente en *tres registros de fronterización articulados* —espacial, temporal y corporal— cuyo análisis conjunto revela la complejidad de la producción barrial. La *dimensión espacial* permite observar cómo determinadas discontinuidades, hitos e infraestructuras se convierten en referencias para establecer diferencias entre ámbitos propios y ajenos. Tanto la avenida Circunvalación en Los Hornos, como las vías ferroviarias y el imaginario del *pueblo* en City Bell, participan de estas operaciones de diferenciación. Sin embargo, su eficacia no deriva exclusivamente de sus características materiales: estos elementos adquieren capacidad fronteriza al

condensar relaciones sociales, memorias y valoraciones que producen determinadas formas de proximidad y distancia. Los resultados permiten complementar la consideración de los hitos urbanos como referentes perceptivos (Lynch, 2008), mostrando que también pueden actuar como soportes materiales de clasificaciones y jerarquizaciones socialmente producidas. La Circunvalación, por ejemplo, no constituye únicamente una infraestructura vial que organiza la movilidad, sino que puede funcionar como una referencia espacial a partir de la cual se construyen diferencias entre un *adentro* y un *afuera*, asociadas a posiciones dentro de la ciudad.

Estas delimitaciones espaciales se encuentran, a su vez, atravesadas por una *dimensión temporal*. Las narrativas de los habitantes muestran que la memoria no opera únicamente como registro de acontecimientos pasados, sino como un recurso mediante el cual se interpreta y clasifica el presente. La oposición recurrente entre un pasado asociado a determinadas formas de sociabilidad y un presente percibido como más inseguro o fragmentado participa de la redefinición de los espacios de pertenencia. En este sentido, la comparación entre *antes* y *ahora* constituye una operación mediante la cual determinados lugares y formas de habitar son valorizados, desvalorizados o desplazados. La temporalidad interviene también en las condiciones cotidianas de movilidad: la percepción de inseguridad introduce diferencias entre momentos del día y modifica las posibilidades de circulación, permanencia y apropiación del espacio (Reguillo, 2008; Segura, 2009). Por lo tanto, el barrio no posee límites temporalmente estables: sus fronteras pueden reforzarse, desplazarse o adquirir nuevos significados a medida que cambian las experiencias y las memorias desde las cuales se interpreta el territorio.

La *dimensión corporal* permite profundizar esta articulación al mostrar que las fronteras barriales son experimentadas desde posiciones sociales desiguales. El espacio que puede ser recorrido, apropiado o reconocido como propio no se distribuye de manera homogénea entre los habitantes. Las diferencias de género, clase y nacionalidad intervienen en las posibilidades de circulación, permanencia y reconocimiento, haciendo que un mismo espacio pueda constituir una proximidad para algunos sujetos y una distancia para otros. Las movilidades vinculadas al cuidado y a la reproducción social, por ejemplo, pueden ampliar las escalas cotidianas de desplazamiento de las mujeres (Del Valle, 1991; Jirón, 2009), mientras que las experiencias migratorias muestran cómo las posibilidades de reconocimiento territorial se encuentran atravesadas por procesos de diferenciación y estigmatización étnico-nacional. El caso de Clara permite observar esta dimensión de manera particularmente significativa: la dificultad para responder hasta dónde llega su barrio no expresa simplemente una incertidumbre espacial, sino una pertenencia territorial cuya legitimidad se encuentra permanentemente cuestionada. En el caso de Lucas, en cambio, la nacionalidad compartida favorece redes de reconocimiento y proximidad que amplían determinadas posibilidades de apropiación territorial, al mismo tiempo que pueden reforzar fronteras internas. La escala efectiva de lo barrial depende así no solo de la

extensión física del territorio, sino de las posibilidades socialmente diferenciadas de recorrerlo, habitarlo y ser reconocido en él.

Consideradas en conjunto, estas dimensiones permiten desplazar una lectura de las fronteras como divisiones independientes hacia una comprensión de la *fronterización* como *proceso de articulación*. Su interés analítico reside menos en identificar dónde termina un barrio que en reconstruir cómo determinadas diferencias llegan a producir un *aquí* y un *allá*, un *nosotros* y un *ellos*, y en qué condiciones esas distinciones pueden ser atravesadas, reforzadas o desplazadas. En este sentido, la importancia del análisis del espacio barrial no consiste en agregar dimensiones espaciales, temporales y corporales a una concepción previamente espacial de la frontera, sino en mostrar cómo estas dimensiones se encuentran imbricadas en situaciones concretas de producción de lo barrial. La fronterización permite, precisamente, conceptualizar esa imbricación: atender a cómo las diferencias son producidas y territorialmente expresadas, pero también a los modos en que son negociadas, desplazadas y actualizadas en las prácticas cotidianas.

Esta perspectiva adquiere particular relevancia en las periferias urbanas. Los casos de Los Hornos y City Bell muestran que las configuraciones territoriales sedimentadas no determinan las formas de pertenencia, pero establecen condiciones materiales, simbólicas e históricas que orientan las posibilidades de diferenciación. En este marco, la producción barrial puede entenderse como un proceso recursivo: las configuraciones heredadas ofrecen soportes para nuevas operaciones de fronterización, mientras que estas prácticas, al hacer legibles y significativas determinadas diferencias, contribuyen a reproducir, desplazar o transformar esas mismas configuraciones.

En este sentido, comprender el barrio como proceso de fronterización permite recuperar su carácter simultáneamente material, relacional y experiencial. El barrio no es simplemente el escenario en el que ocurren prácticas de diferenciación, pero tampoco puede reducirse a sus fronteras: constituye una configuración urbana que se produce a través de la articulación entre materialidades, trayectorias, memorias, prácticas y posiciones sociales. Las fronteras hacen operativas determinadas diferencias al volverlas reconocibles y experimentables, pero su eficacia permanece contingente porque depende de relaciones que pueden ser disputadas y modificadas. El barrio emerge, entonces, como una *configuración urbana relacional*, en la que las desigualdades urbanas se vuelven próximas, experimentables y moralmente significativas. Más que una unidad territorial dada, constituye una forma situada de organizar e interpretar las diferencias que atraviesan la ciudad.

Conclusiones

Las periferias de La Plata muestran que el barrio no constituye una unidad espacial dada ni una escala naturalmente integrada de la vida urbana. Por el

contrario, emerge como una *configuración relacional producida mediante procesos de fronterización* que organizan cotidianamente las experiencias de pertenencia, reconocimiento y diferencia. El análisis comparativo de Los Hornos y City Bell permitió observar que estas fronteras no operan únicamente como límites físicos, sino como dispositivos sociales que traducen las diferencias y las desigualdades urbanas en *gramáticas prácticas de clasificación*. A través de ellas, los habitantes distinguen espacios propios y ajenos, definen ámbitos de circulación legítima y producen interpretaciones situadas de la ciudad. En este sentido, el barrio no aparece como un territorio previamente delimitado sobre el cual se despliegan las relaciones sociales, sino como una configuración que se produce y actualiza mediante esas relaciones.

Además, los resultados muestran que los procesos de fronterización poseen un carácter multidimensional y que sus diferentes registros se encuentran empíricamente imbricados. Las delimitaciones espaciales condensan diferencias sociales y simbólicas; las memorias y trayectorias residenciales intervienen en la valorización y desvalorización de lugares y habitantes; y las posiciones de género, clase y nacionalidad condicionan las posibilidades de recorrer, apropiarse y obtener reconocimiento dentro del territorio. La inseguridad introduce, asimismo, ritmos diferenciales que modifican las condiciones de circulación y permanencia según los momentos del día. El tamaño efectivo del barrio no depende, por tanto, de su extensión física, sino de las posibilidades socialmente diferenciadas de establecer relaciones de proximidad, desplazarse, permanecer y ser reconocido como parte legítima de un determinado espacio.

Desde esta perspectiva, se propone una lectura del barrio como una *relación cotidiana de clasificación social*. Más que un escenario donde transcurre la vida social, el barrio aparece como uno de los mecanismos a través de los cuales la ciudad produce y reproduce jerarquías, proximidades y distancias socialmente significativas. Las fronteras internas constituyen una dimensión central de esta heterogeneidad: no solo expresan desigualdades previamente existentes, sino que contribuyen a hacerlas visibles, experimentables y socialmente significativas. Revisitar el barrio desde el enfoque de la fronterización implica, por tanto, reconocerlo como un espacio privilegiado para analizar cómo las diferencias urbanas se territorializan y cómo las desigualdades adquieren forma, sentido y eficacia en la experiencia cotidiana de la ciudad.

Referencias

Rojas Chediac, J. I. (2021). *De la ciudad real a la estabilización de una imagen ideal: Conformación y crecimiento de la ciudad de La Plata*. Questión.

Rojas Chediac, J. I. (2024). Un acercamiento teórico-metodológico al estudio del crecimiento urbano: la periodización de la ciudad de La Plata. *Estudios Socioterritoriales*, *35*(1), 59-80. https://doi.org/10.37838/unicen/est.35-1-103

Rojas Chediac, J. I. (2025a). Cartografías del miedo urbano: inseguridad y vida cotidiana en habitantes periféricos de la ciudad de La Plata. *Delito y Sociedad*, (60), 1-22. https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/DelitoySociedad/es/article/view/15259

Rojas Chediac, J. I. (2025b). *Habitar (desde) lo periférico: Prácticas y representaciones a la luz de las transformaciones urbanas de la ciudad de La Plata entre los años 2000 al 2020* [tesis doctoral]. Universidad Nacional de La Plata. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.3234/te.3234.pdf

Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica.

Benedetti, A. (2023). *Palabras clave para el estudio de las fronteras*. TeseoPress.

Bourdieu, P. (1988). El habitus y el espacio de los estilos de vida. En *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (pp. 169-223). Taurus. (Original publicado en 1979).

Bourdieu, P. (2007). Efectos de lugar. En P. Bourdieu (Ed.), *La miseria del mundo* (pp. 119–124). Fondo de Cultura Económica.

Cosacov, N. (2017). Construyendo un barrio "de clase media". En M. D. Perelman & M. Boy (Eds.), Fronteras en la ciudad: (Re)producción de desigualdades y conflictos (pp. 95–128). TeseoPress.

Cosacov, N., Di Virgilio, M. M. y Najman, M. (2018). Movilidad residencial de sectores medios y populares: la ciudad de Buenos Aires como punto de llegada. *Cadernos Metrópole*, *20*(41), 99–121. https://doi.org/10.1590/2236-9996.2018-4105

Cuenya, B. (2017). Consensos y puntos de debate en torno a los conceptos de segregación y fragmentación urbanas. *Revista Iberoamericana de urbanismo*, (14), 1–4. http://hdl.handle.net/11336/99009

Curtit, G. (2003). *Ciudad, gestión local y nuevos desafíos ambientales. Reflexiones a las políticas neoliberales y sus efectos sobre nuestros territorios*. Espacio Editorial.

del Valle, T. (1991). El espacio y el tiempo en las relaciones de género. *Kobie*, (5), 223–236. https://www.bizkaia.eus/fitxategiak/04/ondarea/Kobie/PDF/5/Kobie_5_Antrpologia_cultural_EL%20ESPACIO%20Y%20EL%20TIEMPO%20EN%20LAS%20RELACIONES%20DE%20GENERO.pdf

Delgado, M. (1999). *El animal público*. Editorial Anagrama.

Di Virgilio, M. M. (2007). *Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios en Buenos Aires* [tesis de doctorado]. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Di Virgilio, M. M. (2021). Desigualdades, hábitat y vivienda en América Latina. *Nueva Sociedad*, (293), 1–16.

https://nuso.org/articulo/desigualdades-habitat-y-vivienda-en-america-latina/

Duhau, E. y Giglia, Á. (2004). Conflictos por el espacio y el orden urbano. Estudios Demográficos y Urbanos, (56), 257-288.

Duhau, E. y Giglia, Á. (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. Siglo XXI.

Ferraudi Curto, M. C. (2014). Construir un barrio organizado: políticas habitacionales y categorías socioespaciales en una villa de Buenos Aires. *Aibr*, *9*(2), 141–162. http://hdl.handle.net/11336/35834

Frediani, J. C., Tarducci, R. R. y Cortizo, D. (2018). Proceso de Gentrificación en Áreas Periféricas del Partido de La Plata, Argentina. *Quid 16*, (9), 9–37. http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/2459

Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada.* Amorrortu.

Gómez Pintus, A. (2013). Las lógicas privadas de la expansión: loteos de barrios parque en el área metropolitana de Buenos Aires. 1910-1950. *Registros*, (10), 75–94. https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/es/article/view/74

Gravano, A. (2003). *Antropologia de lo barrial: estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Espacio Editorial.

Grimson, A. (2009). Cultura, identidad, frontera. En N. García Canclini (Ed.), *Extranjeros en la tecnología y en la cultura* (pp. 13–28). Ariel.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004). La periferia: voz y sentido en los estudios urbanos. *Papeles de Población*, *10*(42), 101–123. https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/8735

Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing.

Jirón, P. (2009). Prácticas de movilidad cotidiana urbana. En M. Tironi Rodó y F. Pérez Oyarzun (Eds.), *SCL: Espacios, prácticas y cultura urbana* (pp. 176–189). Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Chile.

Jirón, P. y Mansilla, P. (2013). Atravesando la espesura de la ciudad: vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile. *Revista de geografía Norte Grande*, *74*(56), 53–74. https://doi.org/10.4067/s0718-34022013000300004

Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing. (Original publicado en 1974).

Lindón, A. (2020). La periferia: fragmentos inestables de la ciudad vivida. *Perspectiva Geográfica*, *25*(2), 15–33. https://doi.org/10.19053/01233769.10548

Lynch, K. (2008). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili.

Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (2007). *Metodología en las ciencias sociales*. Emecé Editores.

Massey, D. (2012). *Un sentido global del lugar* (A. Albet y N. Benach Eds.). Icaria Editorial. (Original publicado en 1991).

Mayol, P. (1994). El barrio. En M. de Certeau, L. Giard y P. Mayol (Eds.), *La invención de lo cotidiano* 2: *habitar, cocinar* (pp. 3–13). Universidad Iberoamericana.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2009). *Aportes para el desarrollo humano en Argentina I*. https://www.undp.org/es/argentina/publicaciones/aportes-para-el-desarrollo-humano-de-argentina-1

Reguillo, R. (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, *18*(36), 63–74. https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/198

Reygadas, L. (2004). Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, (22), 7–25. https://polcul.xoc.uam.mx/index.php/polcul/article/view/944

Reygadas, L. (2020). La construcción simbólica de la desigualdad. En E. Jelin, R. Motta y S. Costa (Eds.), *Repensar las desigualdades: cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales* (pp. 201-222). Siglo Veintiuno Editores.

Segura, R. (2006). Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico. *Cuadernos del IDES*, (9), 1-25. https://publicaciones.ides.org.ar/libro/segregacion-residencial-fronteras-urbanas-movilidad-territorial-acercamiento-etnografico

Segura, R. (2009). Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata. *Cuaderno Urbano*, *8*(8), 59–76. https://doi.org/10.30972/crn.88930

Segura, R. (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Universidad Nacional de General San Martín.

Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Arango.

Simmel, G. (2001*). El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Ediciones Península. (Original publicado en 1971).

Simmel, G. (2015). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica. (Original publicado en 1908).

Stavrides, S. (2016). *Hacia la ciudad de umbrales*. Ediciones Akal.

Tapia, V. (2015). ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? Trayectoria del concepto de barrio y apuntes para su problematización. *Antropologías del Sur*, *2*(3), 121–135. https://doi.org/10.25074/rantros.v2i3.835

Veiga, D. (2009). Desigualdades sociales y fragmentación urbana. En H. Poggiese y T. T. Cohen Egler (Comps.), *Otro desarrollo urbano: ciudad incluyente, justicia social y gestión democrática* (pp. 51-62). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos periferias y Estado*. Siglo XXI.

Notas

[1] La presente investigación se desarrolló en el marco de una beca doctoral financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

[2] Los Hornos y City Bell, jurídico y administrativamente, constituyen localidades (delegaciones municipales) del Partido de La Plata, no barrios en sentido estricto. Sin embargo, el artículo adopta la categoría nativa de *barrio* tal como es utilizada por los habitantes, asumiendo la tensión entre la escala estatal y la escala vivida como parte del análisis y no como un déficit.

[3] En el marco de la segregación urbana, los barrios estigmatizados pueden verse afectados por el denominado *efecto barrio*, que implica impactos negativos que trascienden la situación patrimonial de los hogares y repercuten en las trayectorias educativas y laborales de sus habitantes. En este sentido, vivir en barrios socialmente homogéneos parece limitar las posibilidades de acumulación de capital social, restringiendo así el acceso a ciertos recursos dentro de las redes sociales en las que sus habitantes están insertos (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—, 2009).

[4] En la relación entre periferia y habitante, Alicia Lindón (2020) propone el anclaje espacial como la inscripción de los eventos biográficos en el territorio en "un proceso por el cual el lugar le otorga características al evento biográfico y, al mismo tiempo, el acontecimiento -que es parte de una trayectoria de vida- marca y engrosa el lugar en cuanto a significados, memoria, valores".

[5] Los nombres de los habitantes entrevistados han sido modificados para preservar su anonimato.

[6] La avenida Circunvalación constituye uno de los principales hitos morfológicos y simbólicos de la ciudad de La Plata. Concebida como un anillo perimetral en torno al casco fundacional, su trazado no solo cumplió una función de límite físico, sino que materializó la frontera entre el orden urbano planificado y el territorio exterior (Curtit, 2003; Segura, 2015). En este sentido, la Circunvalación no debe entenderse únicamente como infraestructura vial, sino como dispositivo espacial de demarcación, mediante el cual se instituyó una distinción jerárquica y duradera entre lo central y lo periférico, que estructura las dinámicas urbanas y las representaciones de la ciudad.